

Varios, **Nuestra América frente al V Centenario. Emancipación e identidad de América Latina (1492-1992)**, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 238 pp.

SI TUVIÉSEMOS que distinguir en la actualidad el rasgo distintivo de América Latina, éste sería, sin lugar a dudas, su carácter de dependencia y subdesarrollo. No es exagerado afirmar que desde su integración como un todo al sistema de dominación occidental (primero el europeo y después el estadounidense-europeo) la región latinoamericana no ha podido recobrar su soberanía política ni económica. Este hecho ha traído como consecuencia la expoliación de sus riquezas naturales, materiales y humanas por el imperialismo, quien se define de suyo por su hambre inagotable de recursos ajenos. Este fue precisamente el interés que trajo a los conquistadores ibéricos a América y es el mismo que a partir de la segunda posguerra mueve al FMI.

Desde la llegada de Colón, hace ya casi 500 años, se ha visto a nuestro continente como la tierra pródiga de la cual todos podían abastecerse (destino que hemos compartido con África). Basados en esta convicción, los europeos pregonaron haber descubierto América, ignorando por completo a los hombres (de quienes dudaron que realmente lo fueran) que ya habitaban este territorio.

En 1990, ante la proximidad del v Centenario de la llegada de las carabelas a lo que Colón creyó eran las Indias, se hace necesaria la reflexión sobre la trascendencia del hecho que permitió la comunicación entre dos mundos que hasta entonces se ignoraban. *Nuestra América frente al v Centenario* es un texto colectivo que responde a la necesidad de analizar este acontecimiento histórico; asimismo, permite al lector formarse una opinión ante los múltiples preparati-

vos de festejos, celebraciones, encuentros y encubrimientos que se realizan en ambos lados del Atlántico con motivo de dicho suceso.

El libro está compuesto de tres secciones: la primera, de *ensayos*, aglutina una numerosa cantidad de autores, quienes desde diferentes disciplinas y desde varios países reflexionan sobre esta efeméride. Una divertida —aunque siempre irónica— muestra de obra gráfica y cuatro poemas del teólogo de la liberación Pedro Casaldáliga, siguen a ésta; y concluye con un no menos interesante espacio de entrevistas. En total casi una treintena de latinoamericanos y latinoamericanistas cuyos textos, dibujos y declaraciones expresan el compromiso humanístico y emancipador de sus autores, quienes preocupados por el sentir de *nuestra América* (así la llamó Martí para distinguirla de la situada allende el río Bravo, como también para denotar que nos pertenece a los que la habitamos) evalúan la trascendencia del inicio de dos civilizaciones que se desconocían, pero manifiestan su desacuerdo ante la celebración como tal pues, piensan, no se pueden soslayar las consecuencias trágicas de este "encuentro"

Para todos es un hecho que la llegada de los europeos a América tenía ante todo fines colonizadores, por más que el papa Alejandro VI haya autorizado a los reyes católicos la apropiación de las tierras descubiertas y por descubrir con el único fin de que las poblaciones indígenas que se encontraban en esos territorios tuviesen la dicha de conocer la doctrina de Cristo. De todos es conocido también la falsedad de tal justificación, usada sólo como pretexto para otros objetivos, una de cuyas consecuencias fue el exterminio —en algunos lados parcial y en otros total— de las culturas mesoamericanas al grado de hacer desaparecer por completo en el Caribe a los aborígenes. Ante tales circunstancias es inconcebible —como lo señala el escritor uruguayo Mario Benedetti en su ensayo "una América por descubrir" —que España nos invite a celebrar lo que el rey de ese país ha denominado *encuentro de dos culturas*. El autor de *La tregua* se pregunta con cierto sentido del humor cómo reaccionaría España si nosotros, sus ex colonias, la invitáramos a celebrar solidariamente nuestra independencia y fin del Virreinato.

El libro del que me ocupo cumple la función de hacer un recuento de nuestra memoria histórica para lograr una mejor comprensión de nuestro presente, al tiempo que proporciona una serie de elementos para ensayar una visión más objetiva de nuestro futuro. Por ejemplo, en su escrito "Identidad, memoria histórica y utopía" Rubén R. Dri propone hacer funcionar la memoria histórica con el fin de que podamos recuperar nuestra identidad. En tanto, Heinz Dieterich ("Emancipación e identidad de América Latina: 1492-1992") coincide con Dri en la gran importancia que tiene la búsqueda de nuestro carácter distintivo, argu-

mentando que sólo a partir de su recuperación es posible lograr la integración de América Latina, ya que —afirma— “un pueblo sin conciencia de sí es un gigante miope que no puede ver el camino que ha de andar para su liberación”.

La destrucción de las culturas autóctonas por los europeos significó la negación del hombre americano, misma que trajo como consecuencia la ignorancia tanto de su propio ser como de sus derechos. Los autores reunidos en el presente volumen asumen diferentes actitudes al evaluar la esencia del llamado “descubrimiento”: Roberto Fernández Retamar inicia su colaboración con un fino sentido del humor al señalar que “Madrid, París, Venecia, Florencia, Roma y Atenas fueron descubiertas por mí en 1955”, haciendo notar lo subjetivo y parcial que es hablar de un descubrimiento en el caso americano. Por su parte, Enrique Dussel intenta dilucidar las razones a las que obedece la parcialidad de los europeos. A través de un análisis basado en la filosofía de Hegel, Dussel manifiesta su acuerdo con la tesis de O’Gorman que sustenta “la invención de América” por parte de los hombres del viejo continente, y sostiene que dicha visión de los conquistadores tiene su principal causa en considerar a América como un ente, como una cosa; es decir que no se aceptó la existencia de un ser americano y por ende no se le respetó como “un otro”, sino que se le ignoró y subyugó. Ante este hecho, es necesario —considera el filósofo argentino— realizar un desagravio histórico que dignifique a los pueblos indígenas, consistente en que España y Portugal “reparen la ofensa y reconozcan su culpa”.

En su turno, Gregorio Selser explica (“Lo de América: ¿Descubrimiento, encuentro, invento, invención, tropezón? ¿Querella nominalista?”), mediante una remisión directa a las fuentes históricas, la idea que se fue formando el europeo de los americanos hasta concluir en la llamada “leyenda negra”, sustentada principalmente en la negación del indígena que responde a un interés colonialista. Para Miguel Bonasso la conquista realizada hace 469 años se mantiene vigente en esencia, pues se manifiesta de la misma forma aunque con diferente método. En su escrito “Entre la modernización y la nueva emancipación”, Bonasso sostiene que hoy, al igual que ayer, la forma en que se ha ejercido el dominio en las naciones tercermundistas se da a través de la eliminación de su identidad; esta tarea que en el pasado fue desempeñada por la evangelización hoy la cumplen los medio de comunicación masiva.

Es indudable que Hispanoamérica mantiene una lucha constante ante esta adversidad que la ha conducido a la pérdida de su dignidad e identidad, concluye Luis Cardoza y Aragón en su ensayo “La conquista de América”, en donde el escritor guatemalteco señala las que a su consideración son las tres causas principales de las luchas que se registran

en América Latina, principalmente en América Central: 1) son luchas anticoloniales; 2) son luchas en contra de la enorme miseria ocasionada por el colonialismo, y 3) son luchas por los más elementales derechos humanos.

Sin embargo, todas estas circunstancias adversas que han provocado la crisis en muchos países del área, han funcionado como catalizador para la unificación regional, sobre todo en el terreno cultural. Así lo considera Elena Poniatowska en “Memoria e identidad: algunas notas histórico-culturales”. En su análisis la periodista mexicana explica que el reencuentro de los países latinoamericanos está volviéndose cada vez más evidente en el campo de las letras; la literatura ha redescubierto un lenguaje común que unifica a toda la región, prueba de ello es que *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig, escrito en el lenguaje de las clases medias argentinas, es leído y comprendido del Bravo hasta la Patagonia; lo mismo sucede con *La guaracha del Macho Camacho*, de Luis Rafael Sánchez, escrita prácticamente en “puertorriqueño”; asimismo, Juan Pérez Jolote, personaje central del libro homónimo de Ricardo Pozas, pudo haber nacido lo mismo en Chiapas que en Guatemala. Es así como la cultura en América Latina cumple, como siempre lo ha hecho en la historia, fines emancipadores. Ella es la que se encarga de encontrar o evidenciar la identidad de los pueblos, ofreciéndole al cambio efectuado por la historia la esencia que le proporciona continuidad.

Reflexionando en lo anteriormente expuesto, la lectura de *Nuestra América* . . . nos motiva a pensar que no podemos tomar el término conquista en su estricto sentido, ya que éste significa el triunfo total del conquistador, circunstancia que, se desprende del libro, aún no se ha presentado en América Latina. Así lo confirma la tercera y última parte del volumen, integrada por entrevistas a Fidel Castro, Noam Chomsky, Domitila Chungara y Oswaldo Guayasamín, quienes coinciden en la opinión de que las naciones americanas han mantenido desde siempre una fuerte resistencia en contra de los agentes destructores de sus raíces. Este esfuerzo realizado sobre todo por los pueblos indígenas nos ha permitido observar que a pesar de las particularidades de cada pueblo existen características que nos hacen comunes, y que son estos rasgos afines, precisamente, los que nos dan lucidez para ver que hoy en día no hay diferencias sustanciales entre México y Perú; que en esencia es igual un minero boliviano y un guatemalteco, lo mismo que un campesino nicaragüense es comparable a uno salvadoreño. En conjunto, los ensayos y entrevistas convergen en la idea de que estamos recuperando nuestra identidad y avanzamos hacia nuestra emancipación.

Elena Enríquez Fuentes